

Y
ÉL HABITÓ
ENTRE
NOSOTROS

Libros de A. W. Tozer publicados por Portavoz:

Diseñados para adorar

Deléitate en Dios

Fe auténtica

Fe más allá de la razón

Los peligros de la fe superficial

El poder de Dios para tu vida

¡Prepárate para el regreso de Jesús!

La presencia de Dios en tu vida

Una fe incómoda

La verdadera vida cristiana

Y Él habitó entre nosotros

A. W. TOZER

Compilado y editado por James L. Snyder

Y
ÉL HABITÓ
ENTRE
NOSOTROS

ENSEÑANZAS DEL EVANGELIO DE JUAN



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *And He Dwelt Among Us*, © 2009 por James L. Snyder y publicado por Regal, de Gospel Light, Ventura, California, USA. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Y Él habitó entre nosotros* © 2017 por Editorial Portavoz, filial de Kregel, Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Menezo

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “RV1995” ha sido tomado de la versión Reina-Valera 1995, © 1995 por Sociedades Bíblicas Unidas Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “LBLA” ha sido tomado de La Biblia de las Américas, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5616-9 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6411-9 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-8541-1 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 26 25 24 23 22 21 20 19 18 17

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

Introducción: Pasión por los perdidos	7
1. Dios ha puesto eternidad en nuestros corazones	13
2. El tiempo antes del tiempo	27
3. El mundo hermoso que Él creó	43
4. La faceta trágica de la encarnación de Cristo	57
5. El misterio del Verbo encarnado	71
6. El Mesías del Antiguo Testamento frente al Cristo del Nuevo Testamento	87
7. ¿Qué es lo que realmente le importa a Dios?	99
8. La aplicación personal de la venida de Cristo al mundo ...	113
9. La armonía y la unidad perfectas de la Trinidad	127
10. El Cristo eterno es Juez y Salvador	141
11. La maravilla y el misterio del Cristo eterno que se identifica con el hombre	155
12. Viviendo en victoria en ambos reinos	169
13. La importancia de tener un concepto correcto de Dios ...	183

PASIÓN POR LOS PERDIDOS

Quienes están familiarizados con A. W. Tozer suelen considerarlo la voz de un profeta. Eso es lo que fue durante muchos años, y por medio de sus escritos sigue siendo una voz profética para la Iglesia de Jesucristo. Sin embargo, en *Y Él habitó entre nosotros* escuchamos una voz de Tozer ligeramente distinta. Aquí ministra no como profeta, sino como un pastor que siente pasión por alcanzar a los perdidos.

Durante más de un año, el Dr. Tozer predicó semanalmente sobre el Evangelio de Juan, uno de sus libros favoritos de la Biblia. Aunque nunca expuso la serie completa de sermones, semana tras semana el Evangelio fue adueñándose de su mente y su alma. Una semana, una frase o incluso una palabra cautivaba su corazón, y elevaba a su congregación a las alturas de la predicación ungida por el Espíritu Santo. El Evangelio cautivaba su imaginación, y no podía alejarse de él.

Durante esta serie de sermones, más personas confesaron tener una vida nueva en Cristo que todas las que lo hicieron durante cualquier otra serie predicada por Tozer en Chicago. Siempre, independientemente de por dónde empezara, era el pastor que buscaba a las ovejas perdidas. A menudo, una vez concluido el sermón, la congregación permanecía sentada, en silencio, impresionados por la intensidad de la verdad que les había expuesto. Después de un sermón así, un miembro veterano de la congregación confesó: “Ha sido más David que el pro-

pio David”. Quería decir, por supuesto, que al igual que el rey David, Tozer tenía la capacidad de exponer la verdad dentro de un marco musical que inducía al corazón a cantar.

Ese esfuerzo era arduo, incluso para Tozer. De hecho, la serie estuvo tan impregnada de un aroma espiritual que llevó al límite su propia capacidad como predicador. “Será un placer meditar en este libro”, dijo a su congregación, “pero me ha embargado una sensación de incapacidad tan intensa que ya no puedo considerarlo un placer. La imposibilidad de que un hombre como yo diga algo que valga la pena sobre los escritos de un hombre como Juan me ha paralizado, literalmente, después de todos estos años. Pero quizá esta sea la manera que tiene Dios de reducir la carne al mínimo y conceder al Espíritu Santo la máxima oportunidad de hacer su obra eterna”.

Muchas congregaciones no tendrían la paciencia de seguir una serie como esa durante más de un año, pero en estos sermones vemos lo mejor de Tozer. En el apóstol Juan hallamos un temperamento que sin duda despertaba ecos en el corazón del predicador, y en esta serie de enseñanzas lo vemos reflejando esa actitud. Aunque nunca tuvo problemas para desafiar a los cristianos respecto a su fe o señalar las herejías que infestan la Iglesia verdadera, en este libro no se limita a defender la sana doctrina, sino que más bien se eleva hasta la altísima y sublime conclusión de esta doctrina.

Para Tozer, toda doctrina que no llegara al punto de identificarse con el Señor Jesucristo era una mala interpretación o bien no estaba bien enraizada en las Escrituras. Creía que la doctrina tiene dos caras. Primero, la doctrina establece la verdad y nos ayuda a reconocer las herejías crecientes dentro de la Iglesia, y nos dice cómo tratarlas. Segundo, la doctrina es el camino que lleva al conocimiento íntimo de Dios. Todas las cosas deben apuntar a Aquel que habitó entre nosotros. Basándose en un fundamento de sana doctrina, el apóstol Juan se eleva hasta la

atmósfera enrarecida de la adoración, y el Dr. Tozer lo sigue de cerca.

El misticismo de Juan

Tozer pensaba que Juan representaba lo mejor de los pensadores “místicos”. Por supuesto, describir así a Juan nos expone a un término que en nuestros tiempos muchas personas malinterpretan en gran medida. Tozer era consciente de esto, pero a menudo decía que nunca permitiría que nadie le arrebatase alguna cosa por el mero hecho de que esa persona no la usara correctamente. No temía identificarse con la gran hueste de los místicos cristianos, llegando hasta el apóstol Juan. Y Tozer los conocía a todos.

Aunque Tozer admiraba en gran medida la teología del apóstol Pablo, sentía mayor afinidad por la tendencia mística del apóstol Juan. “En la mente de Juan”, decía, “Dios encontró un arpa que quería estar junto a la ventana, atrapando el viento. Descubrió que Juan tenía un instinto semejante al de las aves, que lo inducía a querer volar en todo momento. Dios le permitió a Juan volar, elevarse y cantar, partiendo de la misma premisa que el teólogo Pablo”.

Para Tozer, Juan era como la alondra que se despierta cuando rompe el día, se sacude de las alas el rocío de la madrugada y se alza hasta las puertas del cielo mientras canta. No es que Juan se elevara más que Pablo; simplemente, su melodía era un poco más dulce. Pablo, el teólogo, echó los cimientos, y una vez que estuvieron puestos los fundamentos, Juan se subió al parapeto, sacudió las alas y emprendió el vuelo.

Quizá este sea el motivo de que a Tozer le costara tanto predicar sobre el Evangelio de Juan. Sin tener un fundamento claro, doctrinal, era demasiado fácil salirse por la tangente emocional. Tozer era un místico que tenía los pies sobre un terreno doctrinal sólido; sin ese fundamento, habría corrido el riesgo de llegar

a conclusiones absurdas y erróneas. Y Tozer no quería caer en esa trampa.

Con el énfasis doctrinal del apóstol Pablo, una persona puede volverse bastante legalista y fría espiritualmente. Y con el énfasis místico del apóstol Juan puede poner la mente hasta tal punto en el cielo que no sirva de nada en la tierra. La combinación de ambos constituyó el tipo de experiencia espiritual saludable para los cristianos que iban madurando. Tozer tuvo la prudencia de equilibrar ambas posturas.

La maldición del aburrimiento espiritual

Una gran preocupación del Dr. Tozer, que aborda en este libro, se centra en el área de lo que él definió como “aburrimiento espiritual”. Dicho en pocas palabras, esto sucede cuando los cristianos se vuelven adictos a la actividad del mundo que los rodea hasta el punto de que dejan de practicar las disciplinas espirituales. A Tozer le inquietaba que a muchos cristianos les interesara más el mundo a su alrededor que la Palabra eterna que llevaban dentro.

Según Tozer, el aburrimiento espiritual es consecuencia de la inmadurez. A los inmaduros les aburre cualquier cosa rutinaria. Quieren animar su vida con emociones, acción y actividades, mientras que la vida cristiana debe estar sustentada por las disciplinas cotidianas. Y, por supuesto, existe el peligro de que algunas personas hagan lo mismo una y otra vez y se encuentren inmersas en una rutina espiritual tediosa. El gran secreto de la madurez consiste en conservar el equilibrio en la vida cristiana.

Tozer creía que este tedio acarrearía determinadas consecuencias a la iglesia evangélica estadounidense. “En gran medida, la familiaridad ha introducido el aburrimiento en la iglesia evangélica, sobre todo en Estados Unidos”, dijo en cierta ocasión. “Hemos oído repetir las mismas cosas hasta que nos aburren. No culpo a quienes repiten, porque es necesario que

sigamos diciendo lo mismo de siempre. Lo que lamento es que no seamos conscientes de la presencia de Aquel que puede tomar las palabras ya conocidas y renovarlas por completo. En los círculos evangélicos vamos muriendo por etapas porque descansamos sobre la verdad de la Palabra y olvidamos que hay un Espíritu de la Palabra, sin el cual la verdad de aquella no significa nada para el espíritu humano”.

Como siempre, el Dr. Tozer ofreció una solución para contrarrestar este aburrimiento espiritual. En cierta ocasión dio este consejo espiritual a un joven que acababa de empezar su ministerio: “Busca en tu alma, haz algo por ti mismo, empieza de nuevo, toma un día de descanso, ponte delante de Dios, ora, busca algo nuevo de manera que no acabes moviéndote por inercia y te conviertas en otro predicador viejo y cansado, capaz de hablar de las cosas espirituales como si fueran la lista de la compra... que menciona el nombre de Jesucristo sin que le tiemble la voz... que habla del cielo sin emoción... que habla de Dios sin ninguna referencia”.

Mientras lees este libro y exploras el Evangelio de Juan, permite que las palabras de Tozer cultiven la faceta mística de tu experiencia cristiana, sanando toda tendencia que tengas a caer en el aburrimiento espiritual.

James Snyder



DIOS HA PUESTO ETERNIDAD EN NUESTROS CORAZONES

*En el principio era el Verbo, y el Verbo era
con Dios, y el Verbo era Dios.*

JUAN 1:1

De todos los libros de la Biblia, ninguno presenta a Cristo de una forma tan suprema como el Evangelio de Juan. Creo que el motivo de que atraiga hasta tal punto nuestro corazón y nuestra mente se debe al enfoque que adopta Juan. Mientras que el apóstol Pablo presenta a Cristo en un marco teológico, Juan usa un entorno místico. Al hacerlo no deja a un lado la teología, porque en su Evangelio encontramos mucha; más bien, usa la teología como una escalera que le permite acceder a las alturas de la naturaleza de Cristo.

Es posible que algunos se opongan a mi uso del adjetivo “místico”, pero creo que describe con precisión la personalidad y el temperamento del apóstol Juan. Lo místico, tal como se emplea en el Evangelio de Juan y en este libro, se refiere sencillamente al cultivo de una apreciación profunda de la naturaleza única de Cristo y de nuestra fascinación por Él. Desde el primer versículo del primer capítulo del Evangelio de Juan (“En el principio era el

Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”), nos vemos elevados al ámbito de lo “eterno”.

“En el principio era el Verbo” (Jn. 1:1). Vamos a dejar esta frase aquí, en el Nuevo Testamento y, para comprenderla mejor, vayamos al Antiguo. Una característica de los libros sapienciales del Antiguo Testamento es que, en ocasiones, contienen pasajes breves que se pierden entre la arena y el polvo de las eras, pero que son tan profundos y sólidos que, literalmente, son los componentes básicos del pensamiento espiritual. Eclesiastés 3:11 es uno de estos pensamientos: “Todo lo hizo hermoso en su tiempo; y ha puesto eternidad en el corazón de ellos, sin que alcance el hombre a entender la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin”.

A lo mejor sientes la tentación de pasar de largo este pasaje y acudir a un salmo en busca de ayuda. Pero si supieras lo que quería decir el Espíritu Santo aquí, cuando dijo que Dios había puesto eternidad en el corazón del ser humano, no pasarías de largo. Sospecho que aquí, enterrado bajo las arenas cambiantes del desierto, se encuentra un palacio con muchas estancias y de gran belleza. Caminemos alrededor de los palacios, contemplemos los imponentes baluartes, a ver qué podemos encontrar.

Salmo 90:2 arroja luz sobre el significado de Eclesiastés 3:11. En este pasaje, el Espíritu Santo dice acerca de Dios: “Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios”. He consultado la expresión “desde el siglo y hasta el siglo” de este pasaje. (Siempre intento descubrir qué significa una expresión, y luego no permito que signifique nada más que lo que dice en el original.) Por lo tanto, en este caso, el uso del término “siglo” dos veces quiere decir que “Dios es Dios desde la eternidad y hasta la eternidad”.

Me resulta fascinante que el término hebreo “eterno” tenga una gran variedad de significados. A menudo vemos una palabra y le asignamos una definición particular cuando, en realidad,

tiene varias. Esto es lo que sucede con esta expresión. He descubierto que puede significar “desde tiempos inmemoriales”, “siempre” o “hasta el mismísimo final” o “durante un pasado sin principio”. Meditar sobre estos sentidos y reflexionar sobre cómo se encuentran en Dios arroja importantes dividendos para comprender mejor a Dios.

Para contemplar a Dios como es, debemos empezar a entender que “desde tiempo inmemorial hasta el final del tiempo tú eres Dios”. También empezamos a ver que “Oh, Dios, desde siempre y hasta siempre tú sigues siendo Dios”. Y también “Oh, Dios, desde el punto más remoto del infinito hasta el punto más remoto del infinito, tú eres Dios”.

La aplicación de todo esto, que supera toda comprensión humana, es sencillamente esta: “Desde el pasado sin principio al futuro sin final, tú eres Dios”.

¿Cómo podemos comprender plenamente la eternidad de Dios? No estamos hablando de una doctrina y una teología correctas. Una persona puede tener una doctrina bien ordenada y, aun así, no entender este asunto de la eternidad. Está claro que no me opongo a la doctrina, a la teología ni a las enseñanzas de la Biblia, pero hay cosas que trascienden el conocimiento intelectual. Juan nos insta y nos anima a que ascendamos a la atmósfera enrarecida que supone experimentar a Dios en la maravilla de su eternidad.

Elevarse al corazón de Dios de esta manera supone comenzar a experimentar esa verdad del Antiguo Testamento, “el eterno Dios es tu refugio” (Dt. 33:27). Descubrimos nuestra esencia finita encuadrada en algo que no tiene ni principio ni fin. Desde el punto de vista doctrinal, podemos aceptar pasivamente los atributos de Dios y ser esencialmente sanos. Podemos decir: “Creo en la eternidad de Dios”, y mantenernos sobre un buen cimiento teológico. Pero, ¡qué maravilloso es un pasaje como este, que trasciende este tipo de cosas! ¡Meditar en el pensamiento

“has puesto eternidad en el corazón de ellos” y luego entender que hemos sido ascendidos a la eternidad de Dios!

La Biblia enseña claramente que Dios creó al ser humano a su propia imagen. Signifique lo que signifique eso, lo que dice es que hay algo en Dios que responde a algo que hay en el hombre.

El Espíritu Santo ha dicho esto acerca del corazón humano, a quien Dios hizo a su imagen: “ha puesto eternidad en el corazón del hombre” (Ec. 3:11, RVR1995). Dice eso, y punto. Dios dice que ha puesto en el corazón de las personas “un tiempo inmemorial”. Dice que ha puesto en el corazón del ser humano “una eternidad sin principio ni fin”.

El anhelo de la inmortalidad

La realidad es que, vayamos donde vayamos, vemos a personas que manifiestan una enraizada inquietud, y esto indica que hay algo en lo profundo del alma, que Dios ha puesto allí, que anhela esa eternidad que solamente se encuentra en Él.

Si fuéramos solo de la tierra y simples animales, nunca sentiríamos ese anhelo. Si Dios no hubiera puesto eternidad en nuestros corazones, nunca tendríamos muchos problemas al respecto. Sin la eternidad en el alma, no creo que un Hitler o un Stalin hubieran intentado conquistar Europa. Pero debido al diseño intencionado de Dios, en nosotros hay una apreciación y un anhelo por la eternidad de Dios. Pero la hemos perdido. Desearíamos tenerla, y la queremos, y estamos insatisfechos con menos.

El ser humano, como un águila en una jaula, se apropia de la jaula y se deja caer en picado de una guerra a otra guerra. Va de huelga en huelga, de apuesta en apuesta, de baile en baile, de un infierno a otro. ¿Por qué actúan así las personas? ¿Por qué los hombres y las mujeres luchan entre sí y desean alcanzar la supremacía?

La respuesta es bastante sencilla. Dios ha enterrado algo en lo profundo del alma de todo hombre y mujer. Es, simple y profundamente, el anhelo de ser inmortales. Aunque los hombres y las mujeres saben que todo el mundo muere, nunca piensan que ellos mismos morirán. Cuando se acerca la muerte, luchan contra ese enemigo hasta la última fibra de su ser. ¿Por qué? Debido a ese anhelo de inmortalidad que Dios les dio cuando sopló su aliento de vida a Adán y este se convirtió en un alma viviente.

Lo que es cierto entre las personas se encuentra raras veces en el reino animal. En ninguna faceta de la creación encontramos la corrupción y la perversidad flagrante que hallamos en cualquier ciudad de nuestro país. ¿Cómo es que las serpientes bajo las peñas, las ballenas en el mar y los animales de la selva se las arreglan para vivir matando solo lo necesario para comer? Luego se tumban, duermen y esperan la llegada de la noche. ¿Por qué los animales de la selva se llevan mejor que las personas? ¿Cómo es que tienen menos problemas? ¿Por qué tienen más moral?

No vacilo en decir que no hay un solo perro en Chicago que sea menos moral, en muchos sentidos, que su dueño, si realmente podemos atribuir la moralidad a aquello que no tiene eternidad en su corazón. Viven mejor y son más decentes. Algunas personas no captan la diferencia significativa entre un hombre y un animal. Aunque un cristiano no respalde la teoría de la evolución, quizá no vea una diferencia sustancial entre el hombre en el huerto y el animal en el campo. A menudo la gente compara a ambos. Dicen: “Ese hombre actúa como un animal”. Pero nunca he oído a nadie decir: “Ese animal actúa como un hombre”. Ningún animal del campo es jamás el blanco de un ataque de Satanás. Sin embargo, como Dios ha puesto en el corazón de cada individuo el anhelo de ser eterno, el ser humano es el blanco de los ataques llenos de odio de Satanás.

Si fuésemos más valientes predicaríamos más sobre la imagen de Dios en el hombre. Esto no quiere decir que el hombre inconverso sea salvo. Está específicamente perdido, y a menos que se arrepienta y nazca de nuevo, nunca verá el reino de Dios. Si muere sin arrepentirse y sin ser perdonado, sin duda irá al infierno. Yo creo estas cosas, y el único motivo por el que una persona puede ser salva es que Dios ha puesto eternidad en su corazón. Dios ha hecho al ser humano a su imagen, y aunque aquel cayó, conserva el anhelo de la eternidad en este mundo, y la apreciación de esa condición. En lo hondo de su corazón tiene el deseo de la vida eterna, y eso le molesta. El hombre se rebela y lo llama de determinada manera, pero en lo profundo de su ser lo que lo inquieta es algo distinto.

Un entorno antinatural

Dios ha asignado a todo una serie de respuestas naturales. Por ejemplo, es natural que un ave vuele por el cielo. Cuando alguien ve a un pájaro volando por el cielo, no le dice: “No tendrías que estar volando por ahí. Es antinatural”. Lo cierto es que en este mundo no hay nada más natural que un pájaro que vuele de árbol en árbol. Eso no tiene nada de extraño. Todo ser vivo posee unos atributos determinados que le son naturales.

De hecho, reconocemos a los animales y a las aves en función de sus atributos naturales. No nos sorprende el ladrido del perro, el maullido del gato o el dulce canto que brota del pájaro en el bosque. Hacen cosas que les salen de manera natural.

Ahora entremos en la escena humana. En ella encontramos también respuestas o atributos naturales. Cuando un hombre empieza a orar a Dios, lo hace como respuesta natural. Dios puso en él ese deseo. En lo profundo del corazón de un hombre hay respuestas que nacen de él de forma natural. Durante la guerra era habitual que la gente dijera: “En las trincheras no hay ateos”. Lo que eso quería decir es que, cuando la presión era

intensa y volaban las balas, el soldado quedaba reducido a su respuesta natural: la oración. Uno puede negar esa respuesta natural cuando está lejos del campo de batalla, pero determinadas crisis la sacan a la superficie.

Para ese hombre o esa mujer que han sido redimidos por la sangre del Cordero, lo más natural es que eleven su corazón en oración y alabanza a Dios. Dios puso allí esa respuesta, y la redención libera su capacidad. Este anhelo interior de inmortalidad, que siente todo ser humano, fue puesto en su corazón por Dios desde el principio. Cuando el ser humano cayó en el Huerto, atrajo sobre su alma una nube oscura, separándolo angustiosamente de la realidad de la inmortalidad.

Esta angustia es algo terrible para la raza humana. Sus efectos se perciben en todas las cárceles, hospitales y sanatorios mentales de nuestro país. Las personas, creadas a imagen de Dios y que aspiran a la inmortalidad, luchan bajo esa nube asfixiante que obstaculiza su búsqueda de Dios. La realidad de esta asfixia debería indicarnos que algo anda mal.

Cuando yo era un muchacho que vivía en las colinas al oeste de Pennsylvania, los hombres trabajaban en las minas de carbón. Era un trabajo no solo arduo, sino muy peligroso. Al no contar con toda la tecnología avanzada de la que disponemos hoy, los mineros del carbón tenían que improvisar de muchas maneras para estar alertas al peligro. Uno de los métodos tenía que ver con el grado de oxígeno contenido en la mina. Nunca podían estar seguros de cuándo el aire se volvería venenoso, de modo que se llevaban al fondo de la mina pájaros enjaulados. Sabían lo delicados que eran esos pájaros; cuando el aire se volviera nocivo, los pajarillos serían los primeros en asfixiarse, advirtiendo así a los hombres que era el momento de huir de allí.

Un pajarillo no podía vivir en aquel ambiente. Y creo que esto es lo que le pasa al alma del ser humano. El hombre fue creado para volar por las alturas de la eternidad y la comunión

con Dios. Dios lo hizo mirar atrás, hacia el punto de fuga eterno que existía, y hacia el punto de fuga eterno que será, y no sentir la edad ni contar los cumpleaños, sino, al igual que Dios, vivir en Dios. Pero el pecado ha sido nuestra ruina. Escuchamos a la vieja serpiente, el diablo, y nos sumimos en las entrañas oscuras e invadidas de gas del mundo, donde los hombres mueren de asfixia por todas partes.

Fuimos creados para respirar el aire de la justicia y de la eternidad. Cuando el ser humano se rebeló contra Dios, trajo sobre sí mismo esa nube asfixiante que le impide ser lo que Dios quiere que sea, y poseer lo que Dios quiere que posea.

Las señales de lo fraudulento

En todas las cosas encontramos algún indicio de esta maldición. “No hay quien haga lo bueno, no hay ni aun uno” (Sal. 53:3), y cada bien va acompañado de algún mal. Bajo cada cosa hermosa se oculta una serpiente enroscada.

Una vez, cuando era niño, a principios de la primavera, antes de que el sol hubiera derretido la nieve del campo, salí a dar vueltas por los bosques y encontré un objeto curioso, similar a una alfombra hecha de retazos. Pero parecía una alfombra bastante atractiva y muy bien trenzada, así que la tomé. Era más o menos del tamaño de un plato pequeño, y me la llevé a casa y dije: “Mira lo que he encontrado... ¿No es bonita? Es lisa, y parece una de esas alfombras trenzadas”. En casa empezó a subir la temperatura, y te daré tres posibilidades para adivinar lo que había llevado a mi hogar. ¡Una serpiente! Se había enrollado y se echó a dormir. Se había envuelto en sí misma cuidadosamente, preparándose para el invierno. Pero seguía siendo una serpiente y, en cuanto subió la temperatura, se desenroscó.

Mi proposición es simplemente esta: todo está mal hasta que Jesús lo arregla. Pero tú dirás: “Seguro que en alguna parte hay

algo bueno”. Hay quienes defienden la bondad universal de la humanidad. Pero la verdad no respalda esa creencia.

Lo cierto es que todo se ha visto contaminado. El beso de la muerte reposa sobre todo lo que hay en nuestro mundo. En este planeta no hay nada que ayude a nadie a acercarse a Dios. Isaac Watts (1674-1748) formulaba esta pregunta en uno de sus himnos: “¿Es este mundo vil amigo de la gracia, que me encamina a Dios?”. Por supuesto, la respuesta es que no.

El cerebro y el corazón están en guerra. El cerebro afirma una cosa y el corazón la rebate radicalmente. El cerebro se complace en todos los progresos modernos, mientras que el corazón nos dice “eso no satisface”. El cerebro exige mejoras, mientras el corazón clama pidiendo eternidad. El corazón nunca estará satisfecho con los deseos del cerebro. El corazón fue creado para la eternidad, mientras que el cerebro se asfixia bajo la nube de la depravación.

En tu casa tienes un bonito horno moderno. Lo programas a la temperatura que deseas y te vas a comprar. Cuando vuelves, la comida ya está lista. A tu abuela le costaba un día y medio hacer lo que tu horno hace por sí solo en unos minutos, incluso aunque no lo vigiles. Tu naturaleza animal dice “Es el progreso. ¡Maravilloso!” Pero, en lo más hondo, si prestas atención, una voz susurra: “¡Oh, no, no lo es! No es maravilloso, es temporal. Es novedoso, pero es transitorio; es tan breve como un solo día”. No pasará mucho tiempo antes de que otros aparatos mejorados sustituyan a aquellos que tanto te enamoran ahora. Y este círculo vicioso seguirá y seguirá sin acabarse nunca. A la luz de todo esto, creemos que estamos progresando, y que nuestra vida es más cómoda que la de nuestros antepasados.

Muchas personas están cautivadas por los juguetes de la sociedad contemporánea. Debido a los grandes progresos en nuestra cultura, algunos han cultivado la actitud de la

“comodidad”. A lo mejor van al infierno, pero por el camino van a estar cómodos.

Tu pobre corazón, en el que Dios puso el anhelo de la eternidad, no aceptará los juguetes electrónicos como sustitutos de la vida eterna. En tu interior hay algo demasiado grande para esto, demasiado terrible y maravilloso. Dios ha puesto eternidad en tu corazón. Todas las cosas de este mundo están ahí solo un instante, y luego desaparecen. Nadie puede satisfacer el deseo de eternidad que hay en el alma de todas las personas.

La búsqueda de lo eterno

Las cosas de este mundo son pasajeras. Nacen para vivir un solo día. Puede que sean cosas que nos gusten y que consideremos maravillosas. Pero el problema es que todo lo que disfrutamos es transitorio. Ese desfile pasajero está aquí hoy, y al cabo de unos instantes ya ha pasado. Una vez que se esfuma el desfile, buscamos alrededor de nosotros algo que ocupe su lugar. Pero todo es temporal, y solo proporciona un entretenimiento breve.

Me parece que todo el mundo se siente fascinado por algún tipo de juguete. El problema es que ese juguete es tan frágil que solo lo disfrutan un tiempo breve. La persona promedio pasa de un juguete a otro.

Un hombre cae en la crisis de la mediana edad y se compra un coche viejo con un motor mejorado, ruidoso y potente. Mediante cierto truco psicológico imagina que el ruido y la potencia de ese coche hacen de él algo más de lo que es. Su imaginación le dice que si se sube a un coche grande, será un gran hombre. Cuando ingresa en el vehículo, el rugido profundo de aquel estupendo motor lo hace sentir que por fin es un hombre... hasta que un policía que nunca pasó de quinto grado lo detiene y le da un sermón como si fuera un niño pequeño. El conductor experimenta una complacencia temporal cuando se

sube al automóvil, pero no sabe que lo único que hace es que su alma profunda, y en la que Dios ha puesto eternidad, lllore hasta la muerte. No presta atención al clamor por Dios y a la inmortalidad que lleva dentro.

Las mujeres de hoy día disponen de toda la comodidad imaginable, y creen que por fin están yendo a alguna parte. Tienen una vida más fácil que sus abuelas, pero no van a ninguna parte, al menos espiritualmente. Dentro tienen algo más grande que los rizos y las cejas depiladas, el nailon, la seda y el cuero fino. Más grande que un hogar encantador, una casa estilo rancho, un garaje y un automóvil; más grande que cualquier cosa que pueda darles el mundo. En el interior hay algo que clama, que es la voz de Dios que pide eternidad, vida eterna, liberación y esperanza, pero ellas la amortiguan bajo las tareas del hogar, deseando primero una cosa y luego otra. ¡Qué necios somos los mortales!

Ese gran algo que llevo dentro y que aprecia la eternidad no se satisfará si no la obtiene. Grita: “¡Eso es lo que yo quería!”. No quiere religión, ni filosofía, ni civilización: estas son cosas demasiado recientes. Mi naturaleza animal quiere algo reciente, pero mi corazón profundo quiere algo eterno. Por lo tanto, Dios dice: “Te he hecho así, y tengo lo que quieres: el Verbo hecho carne para que habite entre ustedes. Y a quien lo recibe, a aquel que cree en su nombre, le doy la capacidad de convertirse en hijo de Dios”. Es como un náufrago que flota en una balsa, y mira y ve tierra firme y grita de alegría con sus labios reseca. Ha encontrado algo sólido, y sabe que pronto llegará a tierra.

La civilización, la religión y todo lo que ha creado el hombre han traicionado a la humanidad. Sabemos que estamos flotando, y que estamos a punto de perecer. Entonces viene el Espíritu Santo y dice: “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios”. Allí está la eternidad, y la eternidad “fue hecho carne, y habitó entre nosotros... y todo

aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 1:14; 3:16).

No me acerco al modernista para pedirle perdón. No acudo al liberal para excusarme. No me acerco al filósofo y le digo, avergonzado: “Perdone, es que soy cristiano”. No, me dirijo a esas personas y les digo: “Tengo lo que andan buscando. Esto es lo que necesitan. En su corazón hay algo creado para apreciar la eternidad, y nunca estará satisfecho a menos que reciba la eternidad, la inmortalidad y la promesa”. Y añado: “Y yo lo tengo”.

Pablo fue a Atenas y a Corinto, donde vio a aquellos filósofos tan cultos de su época, y les dijo: “Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Co. 2:2). Esa es la Roca, motivo por el que cantamos: “Roca de la eternidad, fuiste abierta para mí”. Es la Roca que permanece. El naufrago ha llegado a la Roca, y no morirá. La Roca es sólida. Puede que él tiemble y se estremezca, pero la Roca nunca se mueve.

El punto de partida del cristianismo

Toda religión de este mundo tiene un origen. Ese principio se puede buscar en su fundador. Todas las religiones tienen un principio y también un final. El cristianismo es diferente. ¿Dónde empieza el cristianismo? No tiene principio ni final. El corazón humano desea aquello que no tiene principio y que tampoco puede tener un final; a saber, el Verbo, que estaba con el Padre en el principio; el Verbo, que era Dios; el Verbo, que *es* Dios. ¡Oh, qué maravilla que Dios nos dé esto, y al mismo tiempo qué terrible que muchos no lo acepten! ¡Qué terrible es que tengan que asustarnos para ir al cielo y nos estimulen con la amenaza del infierno!

El pecado de nuestra naturaleza animal nos ha arruinado. Pero, ¡oh!, que podamos volvernos a Dios y a Cristo y decir:

“Señor Jesús, ¡te creo! Creo que eres el Verbo eterno y que en ti tengo la eternidad que es equivalente a la de Dios. Tengo la vida eterna que estaba con el Padre”. La vida que Dios nos ofrece no se centra en la duración. Se centra en la calidad, y la calidad de la vida que Dios nos da es su propia vida en tu corazón. Eso se ocupa de la duración y de todas las demás cosas.

Dios creó nuestras almas para que se satisfagan solamente con la eternidad divina del Verbo hecho carne.

